

XVII Domingo Tiempo Ordinario

Reyes 3, 5. 7-12; Romanos 8, 28-30; Mateo 13, 44-52

«*El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo»*

24 Julio 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«*A los que aman a Dios todo les sirve para el bien »*

El otro día leía que: «*La naturaleza ha protegido a nuestros pequeños sicológicamente, dotándolos de esperanza, una esperanza tan abundante como irracional*»¹. La esperanza que tienen los niños siempre nos sorprende. No logran entender las derrotas y creen siempre en la victoria final. Esa esperanza es algo que perdemos con el tiempo, cuando la vida nos hace conscientes de nuestros límites y descubrimos que nuestros padres no lo saben todo. Al hacernos mayores perdemos la ingenuidad de los niños, esa esperanza irracional ante la vida, esa capacidad para creer en los milagros, en lo imposible, en la omnipotencia de Dios. Al hacernos mayores se deteriora nuestra mirada llena de luz y las sorpresas nos parecen irrealizables. Acabamos creyendo sólo en lo que vemos y tocamos y cuando algo no tiene solución racional entendemos que no hay salida y nos desesperamos. Por eso nos falta tanto la virtud de la esperanza, por eso nos cuesta tanto abandonarnos y confiar. En realidad perdemos la fe en un Dios que todo lo puede, en un Dios capaz de lo imposible. Decía una persona hace poco: «*Nos resistimos a no ser nosotros los que en primera instancia actuemos, resolvamos, superemos, olvidemos aquello que nos hace sufrir o nos preocupa. Paciencia y confianza, y también esperanza, es lo que Dios nos pide, y no es poco, pues en estas tres palabras reside el todo de nuestro camino al Sí determinante al Padre*». Así es como queremos vivir, aunque muchas veces no lo logremos; vivimos con la impotencia que surge al pensar que nada cambia, que al final va a ocurrir lo que Dios quiere y que de nada nos sirve rezar. Como me decía una persona el otro día: «*No sé de qué sirve rezar, si al final ocurre siempre lo que Dios quiere*». O lo que le decía un niño a su madre ante la muerte de su abuelo: «*Entonces, ¿para qué hemos rezado tanto?*» Sin embargo, decía el Padre Pío: «*Reza, espera y no te preocunes. La preocupación es inútil. Dios es misericordioso. La oración es la mejor arma que tenemos. Es la llave al corazón de Dios*». Hoy queremos recibir esa capacidad para creer más allá de lo posible, para avanzar en medio de la oscuridad rezando. Pedimos el don de aprender a confiar y dejar todo en las manos de Dios, aunque nos cueste abandonarnos. Queremos creer que el reino de Dios actúa en lo invisible, como ese tesoro escondido que espera a ser encontrado. **Queremos vivir con una esperanza nueva que nos permita confiar contra toda esperanza.**

Pero muchas veces nos volvemos impacientes y nos falta el ánimo y la alegría cuando las circunstancias de la vida se tornan adversas y no vemos realizados nuestros sueños. En minutos pueden cambiarnos los planes que teníamos. Me decían el otro día: «*Esto no estaba previsto, ¡tenía tantas cosas que resolver! Y ahora esto, ¡no lo entiendo!*». Nos sentimos engañados por la vida que nos parecía tan favorable y pensamos que la salud es un derecho con el que despertamos cada mañana. Pero no es así. Nos falta paciencia para enfrentar los contratiempos. Y la enfermedad exige siempre mucha paciencia, por eso nos llaman pacientes cuando enfermamos. El otro día leía que la longanitud es un fruto del espíritu que denota una alta madurez espiritual en quien la posee: «*Se trata de la*

¹ Martin E. P. Seligman, “Aprenda optimismo”, 171

cualidad de auto-control ante la provocación, que no toma represalias apresuradas ni castiga con celeridad; es lo opuesto de la ira y se asocia con la misericordia». Se considera como: «*Grandeza y constancia de ánimo en las adversidades*». Es una virtud que significa tener paciencia de largo aliento. No es una actitud resignada sino llena de esperanza y buen ánimo. Ante las dificultades, ante las cuestas empinadas del camino que no entendemos, queremos crecer en esperanza y en longanimitad. Sólo así nuestro ánimo podrá vencer el dolor y la cruz. Sólo así nos levantaremos cada mañana dispuestos a seguir luchando y dando nuestra vida. Pero, hoy nos preguntamos: ¿Qué efecto tiene sobre nosotros y sobre otros el no poseer la longanimitad? Por un lado indica que no tenemos dominio sobre nosotros mismos. Leemos en Proverbios: «*Mejor es el lento para la ira que el poderoso, y el que domina su espíritu que el que toma una ciudad*» Prov. 16, 32. Por otro lado hace que perdamos la razón y hablemos o actuemos de manera insensata: «*El hombre pronto a la ira obra neciamente, hace resaltar la insensatez*» Prov 14, 17. Y damos la impresión de ser frágiles y actuar como niños consentidos que siempre se salen con la suya y se quejan en la adversidad. Hoy el hombre no está habituado al sacrificio. Se rebela ante la más mínima contrariedad y nos sabe sufrir ni aguantar las penalidades. Su ánimo es pequeño y débil. Santiago nos lo recuerda: «*Todo hombre sea pronto para oír, lento para hablar y lento para la ira*» Santiago 1, 19. Queremos tener un corazón en el que la longanimitad se haga fuerte. Un corazón que no se deje llevar por la ira, y sea capaz de sembrar paz en las dificultades y cruces del camino. **Un corazón así manifiesta la presencia del reino de Dios.**

Hoy queremos mirar a Dios con los ojos de Salomón y repetir su petición: «*En aquellos días, el Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo: -Pídeme lo que quieras. Respondió Salomón: -Señor, Dios mío, tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues, ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso? Al Señor le agració que Salomón hubiera pedido aquello, y Dios le dijo: -Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga ni riquezas ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumple tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti*». Reyes 3, 5. 7-12. Salomón pidió un corazón dócil y capaz de discernir el mal del bien, cuando podía haber pedido riquezas o una vida larga. Porque lo cierto es que no siempre sabemos pedir lo que nos conviene. Solemos pedirle a Dios que aquello que emprendemos nos resulte, le pedimos salud para los nuestros y que la vida sea benévolas con nosotros. Le pedimos con frecuencia que aparte la cruz de nuestro camino y nos regale alegría y esperanza en un mundo hostil. Pedimos triunfar en la vida y lograr éxitos inigualables. Pedimos la realización de nuestros deseos y un camino llano y libre de contratiempos. **Sin embargo, hoy se nos invita a pedir, en primer lugar, un corazón nuevo, un corazón dócil a los deseos de Dios. Un corazón abierto a la vida, dispuesto a decir que sí siempre.**

Lo segundo que pidió Salomón fue la sabiduría para discernir el bien del mal. Es lo que hoy pedimos, saber optar por el bien en nuestra vida. Vivimos en el reino de Dios cuando logramos hacer de su voluntad nuestro camino de vida. Dice Sta. Teresita: « *¡Oh, qué fácil es complacer a Jesús, cautivarle el corazón! No hay que hacer más que amarle, sin mirarse una a sí misma, sin examinar demasiado los propios defectos. Mi director, que es Jesús, no me enseña a contar mis actos, me enseña a hacerlo todo por amor, a no negarle nada, a estar contenta cuando él me ofrece una ocasión de probarle que le amo; pero esto se hace en la paz, en el abandono, es Jesús quién lo hace todo, y yo no hago nada*». Como dice hoy el salmo, la vida consiste en amar su voluntad, sus más leves deseos: « *¡Cuánto amo tu voluntad, Señor! He resuelto guardar tus palabras. Más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata. Que tu bondad me consuele, según la promesa hecha a tu siervo; cuando me alcance tu compasión, viviré, y mis delicias serán tu voluntad. Aprecio tus decretos y detesto el camino de la*

mentira. Tus preceptos son admirables, por eso los guarda mi alma; la explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes». Sal 118, 57 y 72. 76-77. Amar la voluntad de Dios por encima de nuestra nuestros deseos es el camino a seguir, aunque muchas veces su voluntad no se parezca a la nuestra. Me decían el otro día: «*Dios me ha regalado comprobar que espera siempre mi sí confiado y generoso a su voluntad*». Dios espera nuestro sí confiado, nuestra entrega dócil a su voluntad. Dios quiere que respondamos con un corazón valiente, agradecido y dócil a sus palabras; un corazón alegre en los momentos de dolor. Sólo venciendo nuestros miedos e inseguridades podremos entregarle a Dios el corazón. Sólo confiando y esperando que Dios cambie nuestra vida a su paso, podremos vivir en su presencia y hacer presente su reino. El mayor tesoro de los cristianos no son los frutos que logran con sus palabras o con sus obras. El mayor tesoro es el testimonio de la docilidad a la voluntad de Dios, de la aceptación alegre y paciente de sus planes. La mayor alegría es saber que llevamos el tesoro de Dios en vasijas de barro. En un mundo en el que el hombre no está habituado a las contrariedades y se rebela ante las cruce de cada día; en un mundo en el que el hombre vive de espaldas a Dios construyendo sobre arena; en este mundo que no conoce a Dios, es necesario encontrar hombres con un corazón dócil, alegre y obediente. **Cuando los encontramos tenemos un tesoro.**

Hoy S. Pablo nos recuerda la importancia que tiene nuestro amor sincero y fiel a la hora de seguir los pasos de Dios: «*Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó*». Romanos 8, 28-30. Dios nos ha amado primero y nos ha elegido. El tesoro de su misericordia se nos ha regalado. Sta. Teresita del Niño Jesús nos recuerda la gratuidad del amor de Dios: «*El mérito, no consiste en hacer mucho o en mucho dar, sino en recibir y en amar mucho. Cuando Jesús quiere reservarse para sí la dulzura de dar, no sería delicado negarse. Dejémosle tomar y dar todo lo que quiera, la perfección consiste en hacer su voluntad*». Amar y recibir el amor que Dios nos tiene es nuestra vocación. Ese amor es el tesoro más grande que Dios tiene reservado para nosotros. Es la presencia real del reino de Dios en nuestra vida. Buscamos siempre amor, mendigamos amor y no nos damos cuenta de cuál es nuestro mayor tesoro: el amor incondicional que Dios nos tiene. Exigimos amor a los que tenemos cerca, queremos que todos nos amen con todo su corazón, y no lo conseguimos. Nos olvidamos a menudo del amor de Dios en nuestra vida. Pasamos por la vida sin profundizar, sin buscar tesoros escondidos, protestando por las cosas que no nos resultan favorables; vivimos sin anhelar la vida plena que se esconde en bajo tierra. **No nos damos cuenta de ese amor oculto, de esa sonrisa de Dios que no vemos, de esas palabras silenciosas de aliento.**

Hoy Jesús compara el reino y utiliza tres imágenes: un tesoro escondido, una perla valiosa y una pesca abundante. En primer lugar hace referencia al tesoro escondido: «*En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: -El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo*». Se trata de un tesoro que muchas veces no valoramos. El amor de Dios es ese tesoro. Es un tesoro escondido. Y por eso es necesario comprar el campo y dejar todo lo que nos ata. El campo no es el tesoro, pero sin el campo no hay tesoro. El campo es nuestra vocación, nuestro camino de vida. Ante el don del tesoro escondido sólo cabe vender todo lo que tenemos por adquirir el campo. ¿Qué necesitamos vender, a qué podemos renunciar, para adquirir el campo donde se encuentra ese tesoro? No podemos dar sólo algo de nosotros, lo tenemos que dar todo. Sólo somos capaces de renunciar a lo que más nos cuesta cuando lo que recibimos es mucho más grande. El problema es que generalmente buscamos otros tesoros distintos a los que Dios tiene para nosotros. Vivimos buscando tesoros que nos den seguridad. Buscamos dinero que nos saque de pobres, salud que nos regale la eterna juventud, memoria para recordar los regalos de

nuestra vida, capacidad para olvidar las cosas malas, amor de otros que nos llene hasta lo más profundo. Sí, vivimos buscando tesoros y compramos campos para asegurar esos tesoros. Campos que no nos dejan satisfechos. Buscamos seguros que nos quiten los miedos de cara al futuro pero vivimos nerviosos e insatisfechos. El tesoro que nos llena el alma, ése que Dios ha escondido en lo profundo de la tierra, no somos capaces de buscarlo. No logramos buscar lo que de verdad nos conviene. No profundizamos buscando el tesoro que vale de verdad la pena. **No sabemos bien dónde está el tesoro que logra que las piezas desordenadas de nuestra vida adquieran el orden deseado.**

Hoy miramos a María en el silencio de nuestro Santuario tratando de encontrar el tesoro. La semana pasada celebramos a Nuestra Señora del Carmen. En el silencio del Monte Carmelo los monjes eremitas aprendieron a vivir en la intimidad con Dios y encontraron el tesoro de sus vidas. Lo dejaron todo, lo vendieron, para comprar el campo del silencio donde estaba el tesoro de su paz. El Carmelo está profundamente ligado a Elías y a María. Del Profeta heredaron la pasión ardiente por el Dios vivo. Con María, la Madre de Dios, se empeñaron en vivir con los mismos sentimientos de intimidad y profundidad de relación que tuvo María con su Hijo. Ella no es fin último de nuestra vida, el fin último lo sigue siendo Dios Trino. Ella es el camino más directo para adentrarnos en el corazón de Dios, allí donde descansa el tesoro escondido. S. Buenaventura decía sobre María: «*Ella fue fuerte, tierna, mansa y exigente al mismo tiempo, avara con ella misma, pródiga para nosotros. Es a ella que conviene amar y reverenciar por encima de todas las cosas, después de la Trinidad*». Y el P. Kentenich decía: «*Estar siempre en dependencia de la Santísima Virgen tendría que ser un estado permanente, una meta. El amor a María nos impulsa hacia el corazón del Señor, y hacia el corazón del Dios trino*»². Es el trabajo que María realiza como Madre. Una persona le rezaba: «*Pensé que mi edificio ya se había destruido por completo, pero no, todavía hay que derribar los cimientos. María, no me dejes por favor. Y le digo que ahora es un paso difícil y que me aguante bien en esa cordada que me debe mantener porque si no, me caigo al vacío*». María derriba y levanta, tira y construye. Ella nos educa y va transformando nuestro corazón. Ella nos permite profundizar en nuestra vida en búsqueda del tesoro que nos colme el corazón. Nosotros traemos nuestras debilidades y caídas, nos sentimos impotentes y suplicamos un corazón nuevo. Ella nos regala un nuevo corazón, su propio corazón, y nos hace creer en los pequeños milagros. No queremos perder la esperanza, como me decía otra persona el otro día: «*No sé cuánto tiempo tiene que pasar para que el corazón se cure, porque me veo estropeada, con un corazón herido, con cicatrices sin cerrar y otras tan abiertas. Me siento tan sola y le digo a María que me consuele, que me guíe en la oscuridad. Ella no me deja. Pero muchas veces me vienen sentimientos de desesperanza, de no poder más*». María no nos deja en el dolor ni en las heridas, cuando todo se derrumba y no somos capaces de encontrar el tesoro de la paz. Ella no nos abandona porque sabe que el tesoro lo llevamos dentro sin darnos cuenta. Ella quiere que lo descubramos, que entendamos que el verdadero sentido de todo está en lo profundo del alma y **sólo en el silencio, en la intimidad de amor con Ella, podemos vaciarnos de tantas cosas que no nos dejan caminar con paz.**

La segunda comparación que usa el Señor es la perla de gran valor: «*El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra*». De nuevo se trata de algo aparentemente fortuito. Pero el resultado es parecido, el afortunado vende todo lo que tiene y compra la perla. La perla preciosa es la presencia de Dios en nuestras vidas. Sabemos que «*la espiritualidad cristiana implica reconocer todas nuestras facetas personales, exponiéndolas al amor de Dios y permitiendo que Él forme con ellas la nueva persona que está configurando*»³. El amor de Dios

² J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 487

³ Martin E. P. Seligman, “Aprenda optimismo”, 61

logra sacar una perla allí donde nosotros sólo vemos tierra, apenas arena que de nada sirve. El tiempo y el trabajo de Dios en nuestra alma logran esa perla admirada. Esa verdad lleva un tiempo y exige un esfuerzo como el otro día leía: «*En mi opinión, el amor no es algo que se halla, como quien tropieza inesperadamente con una piedra preciosa. El amor es una construcción, el fruto de una secuencia de actitudes mutuas y recíprocas entre dos personas.*»⁴ La perla es fruto del trabajo de Dios que logra la belleza a partir de nuestros defectos e impurezas. Pero es fruto también de nuestro esfuerzo y del sufrimiento. El dolor va acrisolando nuestro amor. En el dolor maduramos y valoramos lo verdaderamente importante. En la cruz nos hacemos más recios, más firmes en la fe que Dios nos regala. En las dificultades podemos llegar a sacar lo mejor que hay en nosotros. Dios respeta siempre nuestra originalidad, nuestro valor único, la perla escondida. La perla es la vocación de plenitud a la que Dios nos llama. Nos ha creado únicos y respeta nuestra originalidad. **Queremos que la perla que llevamos dentro crezca y se manifieste a los hombres, dando a conocer la presencia de Dios en nuestro corazón.**

La tercera comparación que Jesús usa tiene que ver con una pesca abundante: «*El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno encendido*» Mateo 13, 44-52. Es la pesca en la que Dios separa los peces buenos de los malos. Se trata de la paciencia de Dios que permite que el mal y el bien convivan, como veíamos la semana pasada. Decía el P. Kentenich: «*La pedagogía de la confianza deja intencionalmente las riendas sueltas incluso cuando el oleaje se encrespa. Se apoya y confía no sólo en lo bueno que hay en el ser humano y en la ley de tensiones en la comunidad, sino también en la conducción de Dios a través de la gracia. Prefiere mantenerse en un segundo plano y sólo interviene cuando resulta necesario y provechoso*»⁵. Es la confianza de Dios con nosotros cuando nos educa de esa manera. Deja que los peces de valor lleguen a la red junto a los no tan valiosos. Es la paciencia infinita de Dios en el camino, es la confianza del Padre que nos espera y nos levanta cada vez que caemos. Dios nos conduce y no nos deja nunca. El reino de Dios nos habla de fecundidad y de vida, aunque no sea oro todo lo que reluce. **En la pesca de Dios caben todos y Dios luego recoge.**

Es importante aprender a aceptar la imperfección en la vida, respetando los procesos que llevan su tiempo. Dios respeta al hombre que no encuentra al tesoro y busca otras cosas y acepta que en la red caigan peces buenos y malos. A muchos nos gustaría que todo fuera perfecto en la vida. Queremos ver sólo lo positivo y las manchas nos desconciertan e indignan. Nos queremos quedar con el tesoro, pero nos olvidamos que el tesoro está enterrado en el campo que tiene defectos. El campo no es perfecto, es limitado. Por eso nos sentimos engañados por Dios cuando las cosas no funcionan como creímos, cuando no se cumplen las expectativas. Su promesa de plenitud nos parece que queda incumplida cada vez que nos toca lidiar con los límites del campo donde está enterrado el tesoro. Corremos el riesgo de abandonar el campo, nuestro trabajo, nuestra familia, nuestra tierra, a las personas amadas, pensando que nos encontramos en el lugar equivocado; no valoramos el tesoro enterrado y pensamos que el campo en el que nos toca vivir no es el soñado. Es cierto, no es perfecto. La imperfección del campo contrasta siempre con la belleza del tesoro. Pero hemos comprado el campo porque sólo así podemos tener acceso al tesoro enterrado. Queremos aprender a mirar con esa confianza la vida con límites que Dios nos regala. Queremos aprender a reír con las faltas y carencias, con los defectos y debilidades. **Queremos aprender a abandonarnos en las manos de un Dios que conduce nuestra vida y nos regala el mayor tesoro, su amor.**

⁴ Sergio Sinay, Artículo “La cadencia del amor”

⁵ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 312